

trabajo de la hambre; que padecian, no los atraía a la Paz; determinó Fernando Cortés, no dexar pasar Día, sin combatirlos; para esto mandó, que quatro Vergantines, con la mitad de las Canoas, que serian como mil y quinientas, fuesen por la vna parte, y que los otros, con la otra mitad, fuesen por la otra parte, corriendo alrededor de la Ciudad, quemandola, y haciendo todo el daño, que pudiesen. Entró el mismo por la Calle Principal, hallóla toda desembaraçada; pasó a la Calle, que va a salir a Tacuba, en que avia algunas Puentes. Ordenó, que desde allí entrase por otra Calle Alonso Davila, con setenta Castellanos; y que seis Caballos fuesen por las espaldas, para asegurarlos, y llevase doce mil Indios consigo. Embió a Andrés de Tapia por otra Calle, y con la Gente, que le quedaba, siguió por la de Tacuba. Ganó tres Puentes, y las cegó, y se bolvió al Quartel. El otro Día, bolvió Cortés a entrar en la Ciudad, con fin de ganar toda la Calle de Tacuba, para poderse comunicar con el Real de Pedro de Alvarado. Ya en esta façon, andaban los Mexicanos, cansados de sufrir los asaltos, que los Castellanos les hacian, y daños, que les causaban; y por esto determinaron muchos, de pasarse de la parte de Tenuchtitlan, a la de Tlatelulco, que era en lo mas interior, y fuerte; y así se pasaron muchos, con sus Haciendas, Mugerres, y Hijos, confiando en el valor de la Gente de aquel Barrio, que es de animo mas arriesgado, y valiente. Así entraron en Tlatelulco, los de Tenuchtitlan, con mucho sentimiento, y sobra de suspiros, y lagrimas. Los Tlatelulcas, aunque siempre se querian mal estas dos Familias, los recibieron en esta ocasion mui bien, y con mucho amor, consolandolos en sus trabajos, y prometiendo de favorecerlos, pues a todos importaba su defensa. Y movidos de lastima, que les causaron los nuevos Huespedes, se partiéron muchos a ayudar, en la defensa de Tenuchtitlan, dexando suficiente Guarda de Gente en sus Presidios, y Guardas. Y como este Día se retiraron los Mexicanos tanto en lo interior de la Ciudad, pareció a los Castellanos, que tenian las tres partes, de las quatro de la Ciudad, ganadas; y Alvarado, y Sandoval, tambien pelearon

bien; ganaron muchas Puentes, con poco daño; y se pasó tan dichosamente este Día, que se persuadia Cortés, a que los Mexicanos pidieran Paz, la qual, procuraba quanto podia, embiando recados al Rei Quauhtemoc, y haciendo otras diligencias.

CAP. XCIII. Como se prosigue el Cerco de Mexico, y cosas, que van sucediendo, y se dicen Valentias particulares de Indios, con la Traicion, que los Chinampanecas hicieron a los Mexicanos.



EDRO de Alvarado, como le parecia, que andaba ganancioso, en las acometidas, y entradas, que hacia con su Gente, movió su Exercito, de donde estaba alojado, y vino contra los Tlatelulcas, a los quales halló a punto de Guerra, y bien apercebidos. Començaron a pelear, los vnos contra los otros, reciamente, así por Agua, como por Tierra, y pelearon todo el Día, sin poder hacer bolver paso atrás a los Tlatelulcas, de la Raia de su Sitio; y viendo, que la Noche se venia, y el poco fruto de la Batalla, se retiró Alvarado, con su Gente, a su Puesto, mui descontento, de no aver hecho nada: y el Día siguiente, no bolvieron a pelear; pero entraron en consulta de lo que avian de hacer el Día siguiente, para entrar en la pelea; y salió determinado, de llevar consigo cinco Vergantines de Armada, los quales pusieron en vn lugar, que se llamaba Nonohualco, donde aora está vna Hermita de San Miguel, a la salida de todas las Casas de esta parte de Tlatelulco, iendo a Tlacupa, para valerse de ellos, y de su Artilleria, contra los Enemigos. Hecho esto, salieron los de a pie, por tierra, y los de los Vergantines por Agua, en busca de los Indios, entendiendo, que los Tlatelulcas les faldrian al encuentro de Guerra, y que los cogerian en medio, y los destruirian. Pero los Indios, que los vieron venir, se estuvieron quedos en sus puestos, y lugares, aguardando, que entraran mas

den tro los Castellanos, para cogellos en partes donde no pudiesen facilmente desembolverse, y matarlos, o prenderlos; como los Castellanos pensaban hacer en ellos.

A esta coyuntura salió vn Indio Valiente, (que parecia otro Gigante Goliath, contra el Pueblo de Israel) y con vna Rodeia en la Mano, y vna Cota de Algodon vestida, se puso solo en medio de el Campo, con tres Piedras en las Manos, y airemetiendo con vna veloz carrera acia el Exercito de los Españoles, tiro, con mucha fuerza, la Piedra, que tenia en la Mano derecha, y dió con ella a vn Castellano, con cuyo golpe dió en Tierra, y arrojó las otras dos, que llevaba, y no erró tiro ninguno, y con cada vna derribó el suio: Luego tras esto acudió la Tropa de la demás Gente, y cargo sobre los que estaban junto al Agua, los quales viendo los golpes de el Indio, y la Gente, que cargaba, se fueron retirando acia los Vergantines, para meterse en ellos, y librarse de la fuerza de Gente, que sobre ellos cargaba. De esta manera se salvaron, mojadados, y bien cansados, por averse medido por el Agua, y aver hecho mucha fuerza para resistir, y entrar dentro de los Vergantines. De este Indio (que se llamaba Tzilacatzin) se dice, que iba en trage de Otomi (a la manera, que estos salen armados para ir a la Guerra) cortado el Cabello, en manera particular, y graciosa, arremetiendo a los Enemigos, sin ningun temor, teniendo los Ojos baxos, y haciendo sus arremetidas, como atontado. Los Indios, Amigos de los Españoles, mostraron espanto en este hecho, y acudieron contra el para matarlo; pero no pudieron, porque se les fue de las Manos, y se metió por entre los suyos, y se escondió; y en esta Escaramuça, donde los nuestros no ganaron nada, y en otras que despues tuvieron, con estos de Tlatelulco, salía este Indio disfrazado, cada vez de su manera, por no ser conocido, y así hacia grande riza en el Exercito de los nuestros, y nunca le pudieron aver a las Manos nuestros Castellanos, aunque muchas veces lo procuraron.

Otro Día salieron los nuestros con los Vergantines a Escaramuçar, con los Tlatelulcas, çabordando los Vergantines cerca de las Casas, para saltar en Tierra, sin mojarse; y por Tierra vinieron muchos Tlaxcaltecas, y otros Ami-

Tomo I.

gos de los Españoles, y començaron a pelear con ellos, por Agua, y por Tierra, y aqui murieron de ambas partes, cantidad de Indios, y pelearon todo el Día, hasta la Noche. En esta Refriega se aventajaron dos Tlatelulcas, llamados Tzoyectzin, y Temoctzin, los quales, con animo invencible, hirieron, y mataron muchos de los Indios Amigos, hicieron hechos mui notables. Retiraronse los nuestros (siguiendoles los Tlaxcaltecas) y otros de la Confederacion Castellana.

En este tiempo, (estando ya los Indios Chinampanecas confederados con Cortés) pareciendoles, que era buena la ocasion para robar a los Mexicanos cercados, embieron a decir a el Rei, (de baxo de cautela, y maña) como querian entrar de secreto en la Ciudad a ayudarlos; el Rei, que no conoció la cautela, y engaño, embiósele a agradecer, rindiendoles muchas gracias, por el buen ofrecimiento, y luego les dieron Dones, en señal de amistad, y señalandoles los puestos donde avian de acudir, los fiaron de ellos. Acudieron todos los de la Laguna, conjurados en esta traicion, que eran los de Xuchmilco, Cuñlahuac, y otros de la Laguna, y començaron a hacer demonstracion, de que peleaban contra sus Enemigos; y estando ya rebueltos los vnos con los otros, començaron a bolverse contra los pobres Mexicanos, y Tlatelulcas, y a Rio rebuelto, (que dicen) suele ser ganancia de Pescadores. Estos, que lo eran, entraban en las Casas, y por fuerza, u de grado, fingiendo ser de los de la Aliança de los Españoles, robaban quanto hallaban, y podian aver a las Manos, y todo lo iban hechando en sus Canoas, para irse con ello, quando se viesen llenas de sus despojos; y a los que se les defendian, los mataban, y a sus Mugerres, y Hijos cautivaban, y maniatados, los ponian en sus Canoas. Aunque al principio no se entendió esta traicion, luego se descubrió el daño; y los Capitanes, que la entendieron, dieron voces, para que advirtiesen todos la traicion, que pasaba; luego acudieron todos los que hacian Guerra a Alvarado, y a los demás, que con él estaban, en aquella parte de Nonohualco, y vinieron a favorecer a la Ciudad, que estaba acometida de Amigos fingidos, y acometiendolos, començaron a matar Xuchmilcas, y Chinampanecas, en gran numero, y

Aaaa 2

cau:

cautivaron muchos, y les quitaron los robos, que llevaban.

Andaban los Españoles, à esta saçon, algo fatigados, y como los vieron rebueltos, vnos contra otros, se retiraron, holgandose de verlos asidos, y se alegraban, de que el negocio palase mas adelante, por descansar, y repararse, entre tanto, que ellos se descalabraban, y no cesaban los Mexicanos de cautivar Chinampanecas, hasta que se acabó de sujetar la Gente de la Traicion, y engaño. Llevaron los todos al Rei Quauhquemoc, que estaba en sus Casas, en el Barrio de Yacacolco. (que es donde agora està la Hermita de Santa Ana) A esta saçon, estaba con el Rei Mayehuatzin, Señor de Cuitlahuac, que avia venido con su Gente à la defensa de la Ciudad, y viendo la traicion de los Saños, mandòlos matar, y así perecieron todos los Traidores, siendo Sacrificados à los Idolos. De manera, que murió en esta traicion, mucha suma de Gente, y con esto cesò la Guerra, entre los Indios Mexicanos, y Chinampanecas. Aviendo descansado estos Dias los Españoles, bolvieron à proseguir su Guerra, y vinieron con dos Vergantines, bien aparejados, à aquel Barrio de Nonohualco, que es en este Tlatelulco, y llegando se mui à la Orilla de el Agua, saltaron en Tierra, y començaron à pelear con los Tlatelolcas, y aunque los Indios hicieron rostro al principio, luego se desbarataron, y dividieron, huyendo de las Balas de los Tiros, y Arcabuçes, y pusieronse à la defensa de las Casas, que por alli avia. De esta manera se ampararon, y no osaban salir à pelear, por miedo de la Artilleria; tampoco los nuestrros osaban alexarse, ni apartarse mucho de los Vergantines, porque no se los tomaren los Indios: y como vieron los Indios, que los Españoles no les acometian, y que se estaban quedos, y no se apartaban de los Vergantines, determinaron de salir de los Lugares donde estaban retraidos, y ir contra ellos; y los acometieron, y se trayò vna mui reñida Batalla, donde murieron muchos Indios, de ambas partes, y fueron presos quinze Castellanos, los quales fueron llevados al Rei Quauhquemoc, y fueron muertos, y sacrificados.

Procediendo la Guerra cada Dia por Tierra, y por Agua, iban los Españoles arrinconando à los Mexicanos, y haciendolos retirar à lo interior de la

Ciudad, que era en la parte de Tlatelulco, (que agora se llama Santiago) y en vna escaramuça, que hubo, así por Agua, como por Tierra, fueron presos diez y ocho Españoles, à los quales despojaron de todas sus Armas, y vestidos, y maniatados los presentaron al Rei, y à los Señores, que con el asistían en el Barrio de Tlacuhcalco, donde estaba vna Casa, que era como de Audiencia, en la misma parte donde està la Hermita de Santa Ana; y allí diò el Rei sentencia contra ellos, que fuesen Sacrificados à los Dioses, en vn Templo, que estava cerca de aquellas Casas, y así se hiço luego, repartiendo los Cuerpos por las Personas, que los avian prendido, los quales se los llevaron, y hicieron Fiesta, y Banquete con ellos.

Todas estas cosas miraban los Españoles sus Compañeros, desde los Vergantines, y no osaban salir à defender à sus Hermanos, ni à ofender à los que de esta manera los trataban, porque temian no viniese otro tanto por ellos, hasta mejor ocasion, donde se pudiesen vengar de todo. Adereçaron otro Vergantin, y metieronlo en el Barrio, que se llama Xocotitlan, que es agora San Francisco, que por otro nombre se llama Cihuatecpan, y començaron allí à pelear con los Tlatelulcas, y ellos los trataron de tal manera, que tuvieron por bien de bolverse à su Vergantin, y por el mismo Camino, que avian llevado, se bolvieron à vn Barrio, que se llama Coyonacazco, que es à la salida de la Calçada de Guadalupe, donde ai vna Puente, en el principio de la Albarrada, que corre la buelta de San Laçaro, y donde se ponen los Quartos de los Ahorcados, cerca de la Hermita de Santa Lucia, que por otro nombre se llama Amaxac: Aqui en este Lugar de Coyonacazco, tuvieron otra Escaramuça con los Españoles, donde murieron algunos Indios; y Rodrigo de Castañeda, à quien los Indios llamaron Xicotencatl, por tenerle por mui Valiente Hombre, estuvo bien cerca de perder la Vida, aunque se escapò, porque otro Vergantin vino à favorecerlos en aquel peligro.

Fue mucho el aprieto, en que pusieron los Indios à los Castellanos, y entre otras muchas buenas fuertes, que tuvieron contra ellos, fue vna, llegar se vn Indio, llamado Tlapanecatleca, à vn Alferrez Castellano, y le arrancò de

la mano la Vandera, y Estandarte Real, que demàs de ser grandísimo atrevimiento, por averlo quitado à vn valiente Español, y idole con el, sin poder recuperarlo, fue caso, que causò mucho animo a los Indios, y acometieron à los Españoles tan valerosamente, que parecia començar entonces la pelea, y començando à dar voces à los otros, que estaban abscondidos, los quales salieron en grandísimo numero, y viendo à los Españoles, que venian peleando, sin orden, y atropellados, embistieron con ellos, y prendieron de esta vez cinquenta y tres, y de los Indios Tlaxcaltecas, Terzcucas, Chalcas, y Xuchmilcas, fue mucho el gentio, que cautivaron; y con esta memorable Victoria se fueron apartando de los Nuestrros, que tristes, y desbaratados se fueron à su Alojamiento, y llevaron à Indios, y Castellanos, al Rei Quauhquemoc, el qual mandò, que luego fuesen sacrificados los Nuestrros, en el Momoztli, y Templo de su Maior Dios, y à los Indios, por ser muchos, los repartieron en diversos Templos, donde fueron sacrificados, con quatro Caballos, que tambien prendieron en la refriega, y las Cabeças de todos las colgaron en las Perchas de su Maior Templo, en memoria de la Victoria, que les alcanzaron sus Dioses. Esto harian los Mexicanos, en presencia de su Dios Huitzilopuchtl, por que luego que se començaron à retirar à esta parte de Tlatelulco, se traxeron consigo su Imagen, y Figura, y la pusieron en el Barrio de Amaxac, en vna Casa, llamada Telpuchcalli.

CAP. XCIV. De la desgracia, que sucediò à Fernando Cortès, y lo que los de Mexico celebraron la Retirada de los Castellanos.



PENSANDO Pedro de Alvarado, que siempre le avia de suceder prosperamente, se descuido en cegar los Arroios, y Puentes, que era lo que las Fernando Cortès le avia encarga-

do; acordò de pasar su Exercito, al Cabo de la Calçada, que va à dar al Mercado de Mexico, que es vna Plaza en esta parte de Santiago, mucho maior, que la de Salamanca, rodeada de Portales: no le faltaba de ganar para llegar à ella, sino dos Puentes mui anchas, y peligrosas. Determinò, pues, de ganar la vna, que tenia mas de sesenta pasos de ancho, y dos estados de hondo; pasola, aunque con gran dificultad; mandò, que se cegase, pero cebado en la Victoria, no mirò si se hacia, como convenia. Rebolvieron sobre el los Mexicanos, reconociendo, que los Castellanos, no eran mas de cinquenta, con algunos Tlaxcaltecas, y que dos de à Caballo, no podian pasar. Dieron en ellos, tan furiosamente, que los hicieron huir, y hecharse al Agua; tomaron quatro Castellanos, que luego, à vista de Alvarado, sacrificaron; muriendo con palabras mui christianas, aunque no les dieron lugar, de decir muchas, porque presto, vivos, les sacaron los Coraçones. Mucho sintiò Cortès esta desgracia, por la sobervia, que los Mexicanos tomaron; porque se acercaban à los Castellanos, mostrando, y burlando de ellos, decian: Ai, Santa Maria, manda Capitan, daca Capatos. Reprehendiò con blandura el descuido de no aver Pedro de Alvarado cegado la Puente, asistiendo con su Persona, sin encomendarlo à otro, como tantas veces se lo avia encargado.

Fuese algunos Dias combatiendo, dichosamente, entrando en la Ciudad, y retirandose, sin daño, y como siempre les iban ganando Tierra; y los iban arrinconando àcia el Lugar donde los acabaron de conquistar; que es vn Lugar, que se llama Atenantitech, donde aora està edificada la Iglesia de la Concepcion, junto de la Albarrada. Diò esto ocasion à Julian de Alderete, Tesorero de el Rei, y à otros, de importunar à Cortès, que se ganase el Mercado, pues en veinte Dias continuos, no se avia hecho sino pelear, y parecia, que la Guerra, con aquello se acabaria presto. Y porque no se dixese, que Fernando Cortès, solo era de contraria opinion, les dixo, que lo mirasen bien, y que si se determinaban, avian menester bien las manos. Replicò Alderete, que todo lo tenían visto, y que mas querian ponerse en qualqu i peligro, que trabajar tantas